

mī



Una mujer como tú

Neus Arqués

¿PARA QUÉ CONTAR EL TIEMPO QUE SE HA IDO?

La recibieron con los brazos abiertos, pero poco. En ese momento Ruth no se dio cuenta: estaba en estado de *shock*. Sólo dos días antes buscaba taxi en Le Marais cuando sonó el móvil y le explotó el corazón. «Hija, tu padre...» Salió hacia el aeropuerto tan rápido como pudo, con destino a Barcelona.

Encargar la mortaja, hacer los papeles para enterrar a su padre como judío... ¿Quién se lo iba a decir a ella, la descreída oficial? Cuando por fin empezó el velatorio, realidad y vigilia se confundían. Ruth llevaba dos noches sin dormir. Sentada en el sofá de piel, su madre no perdía la compostura, contención inquietante en una mujer tan vital. Recibía como una esfinge a las visitas que susurraban consuelo a la vez que sospechaban de tanta serenidad. Y mamá empleaba toda su energía en no dejar que por un solo resquicio pudieran atisbar la desolación: no toleraba la debilidad pública. Encogida

a su lado, Ruth se miraba los pies, sintiéndose un poco inútil. Incluso sin arreglar, su madre emanaba una fuerza que lo envolvía todo y ella, con su camisa de marca luciendo un roto en señal de duelo y los rizos despeinados, se sentía pequeña. Detestaba ese sentimiento.

Estaba tan absorta que no les vio llegar, les oyó:

—Señora Bennasser, Ruth, lo sentimos mucho. Nos hemos enterado por la prensa y queríamos acompañarlas en estos momentos —fue Bel quien se dirigió enseguida y precisamente a la madre, a quien menos conocía, dejando a Ruth de lado. Vestida con un tejano oscuro, que prolongaba todavía más sus ya interminables piernas, Bel se había recogido el cabello en una coleta anodina. Hablaba rápido, por los nervios.

Mamá dio un respingo. De reojo Ruth vio como Ricardo, su ex novio, propinaba un codazo a su mujer para que callara. Nadie le había advertido de que eran los familiares del fallecido quienes dirigían la palabra a las visitas y no al revés. Ricardo, con su camisa impecable, un pantalón planchado con raya y los cabellos un poco largos pero perfectamente cortados, tan concienzudo él, tan... tan «editor» —pensó Ruth—, se habría documentado: «No vaya a ser que nos presentemos dos gentiles y no sea el caso». Bel se volvía por turnos hacia Ruth y hacia Ricardo, agitaba la coleta y no entendía nada.

Ruth miró a su madre animándola a que dijera algo y ésta le leyó el pensamiento.

—Muchas gracias por acompañarnos. Es un consuelo para nosotros, ¿verdad, hija?

Sólo entonces habló ella.

—Bel —susurró, y se puso de pie. Ruth sentía en la nuca las miradas extrañadas de la pareja: de Bel, agarrada al bolso con una mano y abrazándola, rígida, con la otra; de Ricardo, más interesado en ver cómo habían puesto la casa para el duelo judío que en darle el pésame. Habían retirado las sillas y el comedor estaba sembrado de banquetas y cojines a ras de suelo. Habían tapado el espejo. No era momento para la vanidad y Ruth lo agradecía, porque iba hecha unas pintas. En la mesa del centro una vela encendida recordaba al difunto con una luz extraña a aquellas horas del día.

Ruth se separó enseguida, avergonzada, de Bel. La tomó de la mano y se dirigió a los dos.

—Gracias por venir. Es... estoy un poco afectada. Mi padre, sabéis... Era... era todo —al darse cuenta de que tartamudeaba, empezó otra vez con los ejercicios de respiración para no llorar. Detestaba llorar frente a un hombre y se obligó a calmarse—. Ha sido una sorpresa veros. Gra... Gracias.

Bel le soltó la mano, incómoda ante el tacto de la mujer que había sido el gran amor de su marido.

—¡Y pensar que anteayer estabas en París! Va todo tan deprisa... ¿Hace tiempo que se vieron? —mamá volvió a articular la conversación mientras ellos tres esperaban en silencio y Bel interrogaba con los ojos a Ricardo, como diciendo «pero qué está pasando».

Éste no se dio cuenta de que la madre se refería al difunto, único tema de conversación posible en aquel duelo.

—Pues no tanto. Cenamos juntos hará cosa de un mes —al ver las caras de sorpresa, rectificó—: Creo que la última vez que coincidimos con su esposo fue en nuestra boda.

De eso hacía ya dos años. Fue Ricardo quien insistió en invitar a toda la familia Bennasser y aunque a Bel no le entusiasmó la idea, calló. Desde entonces Ruth visitaba a la feliz pareja cada vez que volvía de París. Aquel triángulo amoroso —dos ex novios y una esposa— podía calificarse de ejemplar.

—Me acuerdo de cómo os reíais, tu padre y tú. Os recuerdo riendo desde cuando nos bañábamos en Calella —Ricardo continuó con su evocación personal mientras pasaba el brazo por los hombros de Ruth. Ese gesto la sorprendió. Las familias veraneaban juntas cuando eran niños y todavía la costa era la costa. Después fueron novios, pero eso fue en el bachillerato, hacía casi veinte años...

Un viejecito amigo de su padre, cuyo nombre no recordaba, se había acercado para despedirse.

—*HaMakom yenajem etjem betoj shaar avelei Tzion VeYerushalaim velo tosifu ledaava od* —el señor pronunció en voz baja la frase ritual, tomando las manos de mamá con cariño.

«Que Dios les dé consuelo junto con todos los dolientes del Pueblo de Israel y no sepan más de dolor.» Ojalá fuera cierto, pensó Ruth. Ojalá la religión sirviera para algo. Ojalá se sintiera más cómoda en esa casa, con esa madre omnipresente, con esa vela y esa pareja de... ¿amigos? Bel la observaba mientras Ricardo no le quitaba el brazo de encima. ¿Es-

taría celosa? Si no fuera por la pena propia, Ruth se hubiera preocupado por la suya. Allá ellos.

Fue Bel quien apresuró la partida. Prometió que la llamaría para organizar una cena. Ruth no se molestó en precisar que durante los treinta días de los *Shloshim* no asistiría a cena ninguna. Una cosa era no practicar; otra, muy distinta, dejar en mal lugar a la familia. Ruth iba a respetar el duelo por mucho que le costara... ¡Treinta noches sin salir! Bueno. Mejor eso que un enfrentamiento frontal con su madre. Se limitó a asentir mecánicamente mientras mamá endurecía el gesto. Ella también habría consultado mentalmente el calendario.

Ricardo y Bel se marcharon dejando tras de sí un rastro de incomodidad. Mamá regresó a su insólito silencio y Ruth continuó mirándose los pies, embutidos en unos botines de color berenjena oscuro y tacón alto, imposibles para cualquier mujer con menos estilo y que si embargo le quedaban perfectos.

—¿Te preparo un té? —se ofreció. Necesitaba hablar con alguien, aunque fuera su madre.

En la cocina, mientras la tetera hervía, mamá sacaba los platos del lavavajillas y los colocaba en su sitio.

—Tus amigos parecen buenas personas y te apoyarán. Quizás ha llegado el momento de volver a Barcelona, Ruth. Además, alguien tiene que hacerse cargo de la galería...

Aún estaban en plena *Shivá*, ni siete días habían pasado desde la muerte de su padre, y su madre ya había sacado el tema. La dichosa galería, obra magna de papá, principal pasión fami-

liar. «Su» galería, donde también trabajó Ruth hasta el divorcio. En cuanto Mateo y ella firmaron los papeles, él se marchó a Nueva York y ella a París, de eso hacía veintiocho meses que hoy le parecían una eternidad, con la excusa de que le habían encargado la catalogación de unos fondos históricos... Mientras mamá se lamentaba por el divorcio de su única hija, su padre la apoyó sin dudarle: «Haz lo que más convenga, hija...». Estaba fuerte como un roble y nada hacía pensar que una angina de pecho iba a dejar la galería huérfana.

En París todo fue rodado. Empezó a trabajar en el archivo del Théâtre de la Mode. Las casas de alta costura le brindaron todas las facilidades para reconstruir el desfile solidario que en 1945, durante la ocupación nazi, montaron sobre maniqués liliputienses por falta de material para confeccionar las prendas a tamaño real. Documentar las miniaturas, exhibidas con el objetivo de mantener la moral de la población y de relanzar la industria francesa, absorbía a Ruth por completo. Ése era su mundo.

La primera fase del proyecto acababa de terminar. Una semana le bastaría para cerrar el tema para siempre, aunque ése no era el plan. El Museo de Artes Decorativas de París le había propuesto una prórroga para que Ruth pudiera continuar investigando sobre la exposición original y, en principio, iba a aceptar. Pero la muerte de su padre lo cambiaba todo. ¿Debía decir adiós a las muñecas, perdidas en el olvido? Claro que también podría traérselas a Barcelona: organizar una muestra retrospectiva alrededor de los figurines, la ocupación nazi y la Resistencia. Igual que se había marchado de la ma-

no de las maniqués diminutas, de su misma mano podía volver... si quisiera. ¿Quería?

Ruth miró a su madre, quien a su vez la miraba en silencio, tendiéndole una taza de té. Mamá se estaba haciendo la misma pregunta.

* * *

—Ruth, Ruth, Ruth... ¡estás tan guapa como siempre! —Tony la recogió en el aeropuerto el día D. Ya nadie recoge a nadie en los aeropuertos. Y cuando es un viaje sin retorno y, en definitiva, vuelves del exilio, no hay nada más pavoroso que salir de la zona de aduanas, darte de bruces con una humanidad de familias, taxistas que sostienen letreros de nombres impronunciables y seguidores del equipo de fútbol local y saber que a nadie le importa un pimiento que hayas clausurado una etapa de tu vida. Por eso Ruth le agradeció tanto a Tony que hubiera aparecido y le abrazó fuerte.

—Tony, ¡eres el hombre de mi vida! —exclamó. Y lo creía.

Era atractivo, se cuidaba y cuidaba de ella. Y era tan educado que, con sólo que hubiera sido judío, incluso mamá hubiera dado su visto bueno.

—Eres un sol, Tony, de verdad que no tenías que haberte molestado. ¿Con quién has dejado la galería? —le preguntó. Así fue como se conocieron, coincidiendo en actos del sector. El propio padre de Ruth les presentó. Aunque eran competidores, Tony y su padre se respetaban mucho.

—Se ha quedado una becaria nueva, Idunn. Es finlande-

sa, rubia y moderna como ella sola. No se le entiende nada cuando habla, pero da igual, porque los clientes la adoran. Les parece *chic*. Y además, estos días no hay mucho movimiento —Tony agarró el asa de la maleta y empezó a tirar de ella con una mano y de Ruth con la otra—. ¿Dónde te instalas? ¿Donde tu madre?

—No. Prefiero quedarme ya en el Born. No quiero dar más vueltas —Ruth no tenía muchas ganas de explicar a Tony que, si caía en la tentación de irse con su madre aunque fuera una sola noche, mamá no perdería la ocasión de fagocitarla, de apremiarla para que se hiciese cargo de la galería y volviera a la comunidad judía, donde, en breve, mamá en persona le encontraría un nuevo marido adecuado con el que dejar atrás ese divorcio tan inconveniente y pasar a lo que había que pasar, a saber, tener hijos.

—¡Qué valiente eres! —replicó Tony y añadió, sólo medio en broma—. Nunca he conocido a un hombre más valiente que la más cobarde de las mujeres —hizo una pausa, titubeó y se frenó.

Por suerte, los inquilinos del piso de casada de Ruth, que se quedó como parte del arreglo de divorcio, lo habían desocupado justo ese mes y ella advirtió a la agencia que lo sacara del mercado. Lo encontraría vacío pero limpio. El resto ya lo organizaría poco a poco. Entre lo que se había traído de París y alguna cosa que le pediría a mamá, podría amueblar de urgencia.

Tony colocó la maleta en el maletero y le abrió la puerta del coche. La cerró, se sentó y le apretó la rodilla.

—Oye, si quieres te vienes a mi casa una noche o dos. Más no, porque murmurarían —le dijo, mientras arrancaba. A Ruth le descolocó el ofrecimiento. ¿Buscaba plan? Sin hablar, declinó la invitación y Tony no le dio importancia. Su indiferencia la sorprendió: ¿quería Tony o no quería que fuera a su casa?

Poco después llegaron a la de ella.

—Chica, ¡qué suerte tienes! Este barrio es estupendo: podrás ir a correr al parque, ir andando a la playa, tienes todos los restaurantes que quieras, peluquerías, tiendas... —alabó él mientras subían en el ascensor.

El Born cada vez se parecía más a Le Marais y a Ruth le resultó familiar. Casi empezaba a hacerle ilusión este regreso forzado. Y si Tony... Rebuscó la llave en el bolso y abrió la puerta. La agencia había hecho bien su trabajo. El parquet relucía, las paredes olían a pintura fresca. La cocina de metal brillaba como nueva. Abrió los ventanales que daban al paseo Picasso para airear un poco. Estaba a punto de anochecer. El único mueble presente era un futón que Ruth dejó en custodia de la agencia, en previsión de que algún día lo iba a necesitar. Ahora parecía una isla en medio del dormitorio.

—Mira, lávate la cara y vamos a cenar. Te invito. Y ya mañana con calma te dedicas a lo que tengas que hacer —propuso Tony. Ruth iba a decirle que todavía estaba en *Shloshim* y que no debía salir, pero calló. Le notó un poco nervioso. Quizás sí que buscaba algo. O puede que aquello fuera mucha intimidad. Ella no se andaba con monsergas en las primeras noches, pero con Tony tenía una amistad y una relación

profesional y no iba a estropear ninguna de las dos cosas por un revolcón. Además, los preceptos decían que era bueno el recuerdo sereno. Al día siguiente ya se ocuparía de la mudanza y de comprar comida, y el viernes iría a ver a mamá.

Mientras Tony caminaba como gato enjaulado de una habitación a otra, Ruth sacó un pijama que dejó encima del futón, un dos piezas de ingenua malicia... ¿le gustaría a Tony? Otra noche lo averiguaría. Después sacó el móvil del bolso. La llamada a mamá no podía esperar a mañana. Marcó automáticamente.

—Mamá —le dijo en cuanto respondió—, ya estoy en casa. ¿Pasamos *Shabat* juntas?

De este modo, Ruth evitaba el inevitable reproche por no haber ido directamente a verla. No necesitaba que su madre la protegiera de sí misma.

* * *

Cuando le abrió la puerta, y aunque no se lo dijera, Ruth supo que se alegraba de verla. Y ella. Su madre no merecía estar sola, así, de repente. Pero enseguida advirtió que mamá había empezado a recuperarse. Más bien baja y amplia, conseguía sacarse partido y esconder un pecho demasiado generoso, la ausencia de cintura y las piernas rellenas. Iba vestida con un dos piezas oscuro y se cubría la cabeza con un fular Hermès que en otra mujer parecería estafalarario y que a su madre le sentaba de miedo. Lo mucho que Ruth sabía de moda lo había aprendido de ella, por más que quisiera negarlo.

Además, su madre era tan arrolladora que, en cuanto abría la boca, el mundo se olvidaba de su físico. En los diez días escasos que Ruth pasó en París preparando el regreso su madre había empezado a poner la casa en solfa. El espejo brillaba otra vez. Los taburetes de la *Shivá*, retirados. En la entrada vio distintas cajas, con sus etiquetas. Serían las pertenencias de su padre que todavía podían ser de provecho para la comunidad. Después de la semana de duelo era imperativo volver a la acción y la viuda había seguido el precepto. Mamá no se arredraba ni ante la muerte.

—Si no se puede como se quiere, hay que querer como se puede —su madre, agarrándola del brazo, le soltó el refrán por el que pensaba gobernarse de allí en adelante. No concebía la vida sin su marido pero no moriría con él. Todavía le quedaba mucho que hacer en este mundo.

Cuando Ruth la telefoneó, mamá le había preguntado si irían al Cal. Ambas se quedaron un momento en silencio. Las dos hacían piruetas para acercarse una a la otra. Era el padre quien servía de puente entre ellas y ahora no tenían intermediario. Mamá, tan decidida, tan sobreprotectora, tan religiosa, y Ruth, judía asimilada hasta niveles que su madre consideraba inadmisibles. ¿Qué hacer? ¿Acompañarla a la sinagoga o dejarle claro de entrada que no tenía intención de integrarse?

Ruth lo pensó un momento. Era la víspera de Rosh Hashaná, el año nuevo. La fiesta de la creación del mundo era una ocasión señalada. No le costaba mucho ceder y acompañarla, quizás hasta Yom Kipur. Total, diez días. Para entonces las dos estarían con más ánimo y podrían dejar de ser siamesas.

De las tres sinagogas que había en Barcelona, mamá asistía a la de la comunidad israelita, la de toda la vida. Hombres y mujeres rezaban separados. Sentadas en el piso superior, Ruth se concentró en los distintos tonos del sonido del *Shofar*. Aquél era el pistoletazo de salida de los diez días terribles, los días de expiación en los que los creyentes oran ante el trono celestial mientras Di-s examina sus obras y sus razones para decidir si los inscribe en el Libro de la Vida.

A los dos años y medio de divorciarse Ruth iniciaba su vuelta a Barcelona con un período de reflexión. ¿Qué había logrado? ¿Estaba mejor o peor que cuando se fue? En París se había dado un tiempo para recomponerse de un fracaso cantado. Porque Mateo y ella hacían buena pareja, pero más a los ojos de la comunidad que a los propios. Si no fuera porque prestó libre consentimiento, casi se diría que lo suyo fue *Shidaj*, una boda pactada. Eran tan perfectos que no tenían nada que decirse. O quizás no tenían nada que descubrir después de una vida juntos, en el Colegio Sefaradí, en el Lycée (Mateo fue su confidente durante el accidentado noviazgo con Ricardo) y juntos después en la Sorbona. Tan poca distancia no les permitió crecer y se separaron, casi de golpe, después de larvar la frustración durante más tiempo del necesario. La ruptura fue amarga... ¿no lo son todas? Mateo se fue a Nueva York y Ruth se juró no ir jamás. Su madre se quedó lívida al enterarse del divorcio, justo cuando ansiaba un nieto. Ése era el tipo de pregunta que debería estar formulándose Ruth. ¿Soy una buena hija? ¿Soy una buena judía? ¿En qué libro me inscribirá Adonai?

Los diez días hasta Yom Kipur pasaron rápidos y lentos a la vez. El barrio tan familiar requería nuevas exploraciones; algunas de las tiendas que Ruth recordaba eran hoy boutiques modernas. Entre las hordas de turistas que iban al zoo o cruzaban en dirección a la plaza Sant Jaume y al Museo Picasso, el trajín peatonal era constante y a menudo le cargaba. La mudanza estaba acabando con su energía. La galería era un foco de sobresaltos: no resultaba sencillo ponerse al corriente de los negocios que su padre se traía entre manos. Por lo menos una vez al día Ruth se preguntaba si no debía haberse quedado en París. Porque, ¿qué es lo que tenía aquí? Tenía una madre arrolladora y decidida a casarla. Un ex novio educado. La mujer de su ex, poco dispuesta a acogerla. Un amigo galerista guapo pero distante. Una galería que, más que una herencia, era una carga. Y sus propias dudas. Desde luego, aquél no era el mejor momento para interiorizar sus pecados si no quería acabar de baja por depresión.

La víspera de Yom Kipur Ruth pasó a recoger a mamá. Aunque llegaron temprano, la sinagoga estaba más concurrida que nunca. Para muchos, ése era el único día del año en que iban al Cal. Nadie faltaba, porque Di-s pasaba lista. Todos habían desgranado en su interior los interminables recuentos de las faltas cometidas y se apresuraban ansiosos a pedir perdón. Acudían al atardecer, en ayunas, dispuestos a solicitar clemencia en cuanto el sol se ocultara tras las copas de los árboles. Y así fue como Ruth se dispuso a empezar una nueva vida en Barcelona.